

COLECCIÓN
RESCATES

Por primera vez reunidos en un libro, estos textos corresponden a la primera etapa creativa de Antonin Artaud, en momentos de plena efervescencia surrealista. Se trata pues de obras de juventud, aunque ya aparecen todos los tópicos que irán diseminándose luego en forma de cartas, de poemas, de obras de teatro, de cuadernos íntimos, de bruscas anotaciones.

Pocos de estos textos habían sido vertidos al castellano, pese a que algunos resultan inestimables para la comprensión de la aventura artaudiana, quizás la más solitaria e intensa que registra la historia de las letras durante el siglo xx.

A casi setenta años de su muerte, la voz de Artaud conserva intacto su poder revulsivo, su lacerante juventud. Estas páginas no hacen más que constatarlo. Como señala en su prólogo P. B. Rey: "Esos fragmentos, esos jirones desgarrados que dan forma al corazón descentrado de Artaud nos permiten a nosotros, sus tardíos lectores, dejar por un instante de lado el transitado tópico de su locura y asumir la inquietante sospecha que refulge en la mayor parte de lo que escribió: la de que es más contemporáneo que muchos de nuestros contemporáneos".

Antonin Artaud | Textos escogidos

848
A785 .E
2007
C.1

Antonin Artaud

Textos escogidos

El truco del cielo
Relato
Cartas a Jacques Rivière
El arte y la muerte
Textos surrealistas

Prólogo, traducción y notas
de Pedro B. Rey

Edición ilustrada

cantaro,
rescates

cantaro,
rescates

ISBN 978-950-753-209-2



9 789507 532092

© Editions Gallimard 1974 y 1976

Prohibida la venta en España

© 2007 PUERTO DE PALOS S. A. Casa de ediciones

Honorio Pueyrredón 571 (C1405BAC). Tel. 4902-1093.

Ciudad de Buenos Aires. Argentina

Puerto de Palos Casa de Ediciones forma parte

del Grupo Editorial Macmillan

Dirección de ediciones: GUILLERMO HÖHN

Proyecto y edición: SALVADOR GARGIULO

Jefe de arte: CLAUDIO PERLES

Diseño de tapa: TRINEO

Diagramación: SANDRA GARCÍA

LUCAS FRONTERA SCHÄLLIBALM

BIBLIOTECA
TEATRO, CINE Y TELEVISION
Pontificia Universidad Católica de Chile

Artaud, Antonin

Antonin Artaud : textos escogidos / Antonin Artaud ; con pró-
logo de Pedro B. Rey. - 1a ed. - Buenos Aires : Cántaro, 2007.
208 p. ; 22x16 cm. (Cántaro. rescates)

Traducido por: Pedro B. Rey
ISBN 978-950-753-209-2

I. Literatura Francesa. I. Rey, Pedro B., prolog. II. Rey, Pedro
B., trad. III. Título
CDD 840

I.S.B.N. N.º 978-950-753-209-2

Queda hecho el depósito que dispone la ley N.º 11.723

Primera edición: abril de 2007

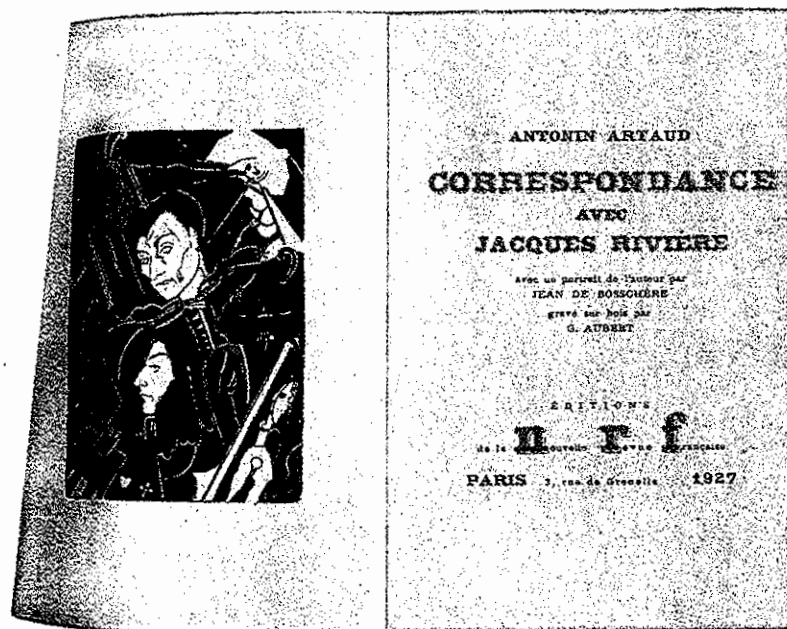
Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Se terminó de imprimir en el mes de Abril de 2007 en GRAFICA RIPARI S.A
Mariano Pelliza 4167, Munro. TE 4758-8400. ventas@graficaripari.com.ar

Índice.

Prólogo,	7
Nota de traducción,	23
<i>Tric-trac del cielo,</i>	27
<i>Bilboquet,</i>	39
<i>Cartas a Jacques Rivière,</i>	55
<i>El arte y la muerte,</i>	83
<i>Textos surrealistas,</i>	121
Galería de retratos,	175
Autorretratos y manuscritos,	187

CARTAS A JACQUES RIVIÈRE



Primera edición de la obra, con un retrato del autor por Jean de la Bosschère.

Cartas a Jacques Rivière consiste en el intercambio epistolar que Artaud mantuvo, entre mayo de 1923 y junio de 1924, con el secretario de redacción de la Nouvelle Revue Française. Rivière, autor de una novela llamada Aimée y defensor en su momento de la publicación de En busca del tiempo perdido, de Marcel Proust, que André Gide desestimó, había rechazado la publicación de ciertos poemas enviados por Artaud. El libro, a cuatro manos, es por demás elocuente sobre su modo de producción. Fue primero publicado en la NRF, en septiembre de 1924, bajo el título "Una correspondencia" y en vez del nombre de Artaud —después de que éste se negara al uso de un seudónimo— figuraron tres asteriscos. Rivière falleció no mucho después, aún joven, el 14 de febrero del año siguiente. "Siempre me pareció muy extraño que haya muerto poco después de haber publicado las cartas", señaló Artaud en el preámbulo a sus Obras Completas después de reconocer que en el inicio de su extraña vida, la suya, se escondía el cadáver de un hombre, el del propio Rivière.

ANTONIN ARTAUD

I

JACQUES RIVIÈRE A ANTONIN ARTAUD

1° de mayo de 1923

Señor,

Lamento no poder publicar sus poemas en *La Nouvelle Revue Française*. Sin embargo, me despertaron suficiente interés como para desear conocer a su autor. Si le fuera posible pasar por la revista un viernes, entre las cuatro y las seis, me sería muy agradable verlo.

Reciba, muy estimado señor, mis sentimientos de mayor simpatía.

JACQUES RIVIÈRE

ANTONIN ARTAUD A JACQUES RIVIÈRE

5 de junio de 1923

Señor,

Permítame, a riesgo de importunarle, volver sobre algunos términos de nuestra conversación de esta tarde.

Sucede que la cuestión de la receptividad de estos poemas es un problema que a usted le interesa tanto como a mí. Hablo, por supuesto, de su receptividad absoluta, de su existencia literaria.

Sufro de una espantosa enfermedad de la mente. Mi pensamiento me abandona, en todos los niveles. Desde el simple hecho del pensamiento hasta el hecho exterior de su materialización en palabras. Palabras, formas de frases, direcciones interiores del pensamiento, simples reacciones de la mente; estoy en constante búsqueda de mi ser intelectual. De modo que *cuando puedo atrapar una forma*, por imperfecta que sea, la fijo, por temor a perder todo el pensamiento. Estoy por debajo de mí mismo, lo sé, sufro por eso, pero consiento a ello por miedo a morir del todo.

Todo esto, que está muy mal dicho, corre el riesgo de introducir un temible equívoco en su juicio sobre mí.

Es por eso que, en consideración al sentimiento central que me dicta mis poemas y a las imágenes o giros fuertes que pude encontrar, propongo a pesar de todo esos poemas a la existencia. Esos giros, esas expresiones mal construidas que usted me reprocha, yo mismo los sentí y los acepté. Recuérdelo: no los puse en cuestión. Proviene de la incertidumbre profunda de mi pensamiento. Qué feliz soy cuando esta incertidumbre no es suplantada por la inexistencia absoluta de la que a veces sufro.

En esto también temo el equívoco. Querría que usted entendiera bien que no se trata de ese más o menos de existencia que proviene de lo que se ha convenido en llamar la inspiración, sino de una ausencia total, de un verdadero desperdicio.

He aquí por qué le dije a usted que no tenía nada, ninguna obra entre manos, y que las cosas que le presenté constituían los jirones que pude juntar de la nada completa.

Me importa mucho que las pocas manifestaciones de existencia espiritual que pude darme a mí mismo no sean consideradas como inexistentes por culpa de las manchas y las expresiones mal construidas que las constelan.

Al presentárselas a usted, me parecía que sus defectos, sus desigualdades no eran tan llamativas para destruir la impresión de conjunto de cada poema.

Créame, señor, que no tengo en vista ningún objetivo inmediato ni mezquino; sólo quiero deshacerme de un problema palpitante.

Como no puedo esperar que el tiempo o el trabajo remedien esas oscuridades o esas fallas, es por eso que reclamo con tanta insistencia e inquietud esa existencia, así sea abortada. Y la pregunta para la que querría una respuesta es la siguiente: ¿cree usted que se le puede reconocer menor autenticidad literaria y menor poder de acción a un poema defectuoso pero sembrado de potentes bellezas que a un poema perfecto, pero sin gran resonancia interior? Admito que una revista como *La Nouvelle Revue Française* exige un cierto nivel formal, y una gran pureza de materia, pero dejando esto de lado, ¿la sustancia de mi pensamiento está entonces tan mezclada y las impurezas e indecisiones de que está sembrada vuelven tan poco activa su belleza general que no llega a existir LITERARIAMENTE? Lo que está en juego es todo el problema de mi pensamiento. Para mí se trata nada menos que de saber si tengo o no derecho a seguir pensando, en verso o en prosa.

Uno de estos próximos viernes me permitiré ofrendarle la pequeña plaquette de poemas que el señor Kahnweiler acaba de publicar y que se llama *Tric trac del cielo*, así como del pequeño volumen de *Contemporains: las Doce canciones*. Podrá entonces comunicarme su apreciación definitiva sobre mis poemas.

ANTONIN ARTAUD

JACQUES RIVIÈRE A ANTONIN ARTAUD

25 de junio de 1923

Estimado señor,

Leí atentamente lo que tuvo a bien someter a mi juicio y es con toda sinceridad que creo poder tranquilizarlo de las inquietudes que su carta delataba y de las cuales mucho me conmovió que me eligiera por confidente. Hay en sus poemas, se lo dije desde el primer momento, falencias y, sobre todo, extrañezas desconcertantes. Pero me parece que corresponden antes a cierta búsqueda de su parte que a una falta de dominio sobre sus pensamientos.

Evidentemente (es lo que me impide por el momento publicar cualquiera de sus poemas en *La Nouvelle Revue Française*) usted no alcanza, en general, una unidad suficiente de impresión. Estoy, sin embargo, lo suficientemente acostumbrado a leer manuscritos como para entrever que esta concentración de sus recursos en un objeto poético simple no le está en absoluto vedada a su temperamento y que con un poco de paciencia, aunque más no sea por la simple eliminación de imágenes o de rasgos divergentes, llegará a escribir poemas perfectamente coherentes y armoniosos.

Estaré siempre encantado de verlo, de charlar con usted y de leer lo que le plazca darme. ¿Debo reenviarle el ejemplar que me trajo?

Reciba, muy estimado señor, mis sentimientos de mayor simpatía.

JACQUES RIVIÈRE

II

ANTONIN ARTAUD A JACQUES RIVIÈRE

París, 29 de enero de 1924

Señor,

Está en su derecho de haberme olvidado. Durante el curso de mayo pasado le había hecho una pequeña confesión mental. Y le había planteado una pregunta. Permítame que complete hoy esa confesión, que la retome, que vaya hasta el fondo de mí mismo. No busco justificarme ante usted, me importa poco tener el aire de existir delante de quien sea. Para curarme del juicio de los otros tengo toda la distancia que me separa de mí mismo. No vea en esto, le ruego, insolencia alguna, sino la muy fiel confesión, la penosa exposición de un doloroso estado del pensamiento.

Le tuve durante largo tiempo resentimiento por su respuesta. Me entregué a usted como un caso mental, una verdadera anomalía psíquica, y usted me respondió con un juicio literario sobre poemas que no me importaban, que no podían importarme. Me halagaba que usted no me hubiera comprendido. Hoy me doy cuenta de que tal vez no había sido lo suficientemente explícito, y eso también debe perdonármelo.

Sino por lo precioso de mis versos, me imaginé que había retenido al menos su atención por la rareza de ciertos fenómenos de orden intelectual, que hacían justamente que esos versos no fueran ni pudieran ser otros, por más que tuviera en mí con que llevarlos al mismo límite de la perfección. Afirmación vanidosa, pero exagero a propósito.

Mi pregunta tal vez era, en efecto, especiosa, pero se la planteaba a usted, a usted y a nadie más, a causa de la sensibilidad extrema, de la penetración casi malsana de su inteligencia. Me vanagloriaba de llevarle un caso, un caso mental caracterizado y, como lo imaginaba curioso de toda deformación mental, de todos los obstáculos destructores del pensamiento, pensaba al mismo tiempo atraer su atención sobre el valor

Valor real, el valor inicial de mi pensamiento, y de las producciones de mi pensamiento.

Esa diseminación de mis poemas, esos vicios de forma, esa flexión constante de mi pensamiento, hay que atribuirlos no a una falta de ejercicio, de posesión del instrumento que yo manejaba, de *desarrollo intelectual*; sino a un desmoronamiento central del alma, a una especie de erosión, a la vez esencial y fugaz, del pensamiento, a la *pasajera no-posesión de los beneficios materiales de mi desarrollo*, a la *separación anormal de los elementos del pensamiento* (el impulso de pensar en cada una de las estratificaciones terminales del pensamiento, pasando por todos los estados, todas las bifurcaciones, todas las localizaciones del pensamiento y de la forma).

Hay entonces cierta cosa que destruye mi pensamiento; cierta cosa que no me impide ser lo que podría ser, pero que me deja, si puedo decirlo así, en suspenso. Cierta cosa furtiva que me roba las palabras que *he encontrado*, que disminuye mi tensión mental, que destruye poco a poco, en su sustancia, la masa de mi pensamiento, que me roba hasta la memoria de los giros a través de los que uno se expresa y que traducen con exactitud las modulaciones más inseparables, más localizadas, más existentes del pensamiento. No insisto más. No tengo por qué describir mi estado.

Sólo querría decir lo bastante para que por fin usted me comprenda y me crea.

Téngame confianza entonces. Admita, le ruego, la realidad de estos fenómenos, admita su furtividad, su eterna repetición, admita que habría escrito esta carta antes de hoy si no me hubiera encontrado en ese estado. Y he aquí, una vez más, mi pregunta:

¿Conoce usted la sutileza, la fragilidad de la mente? ¿No le he dicho más que suficiente para demostrarle que tengo una mente que *literalmente* existe, como existe T., o E., o S., o M.? Devuélvale a mi mente la concentración de sus fuerzas, la cohesión que le falta, la constancia de su tensión, la consistencia de su propia sustancia. (Y todo eso, objetivamente, es tan poco.) ¿Y dígame si lo que le falta a mis poemas (antiguos) no le sería restituido de un golpe?

¿Cree usted que en una mente bien constituida el sobrecogimiento va de la mano con la debilidad extrema, y que al mismo tiempo se puede sorprender y defraudar? En fin, si a mi mente la juzgo muy bien, no puedo juzgar las producciones de mi mente sino en la medida en que se confunden con ella en una especie de inconciencia bienaventurada. Ese será mi criterio.

Para terminar, entonces, le envío, le presento la última producción de mi mente. En lo que a mí respecta vale muy poca cosa, aunque después de todo es mejor que la nada. Es un mal menor. Pero la cuestión para mí es saber si vale más escribir eso o no escribir nada en absoluto.

La respuesta me la dará usted aceptando o rechazando este pequeño ensayo. Usted lo juzgará desde el punto de vista del absoluto. Pero le diré que me es un agradable consuelo pensar que, aunque no sea todo *yo mismo*, tan alto, tan denso, tan extenso como yo, todavía puedo ser algo. Es por eso, señor, que le pido que sea verdaderamente absoluto. Juzgue esta prosa sin fijarse en cuestiones de tendencia, de principios, de gusto personal. Júzguela con la caridad de su alma, la lucidez esencial de su inteligencia, y vuelva a pensarla con su corazón.

Probablemente indique que existen un cerebro, un alma a la que le corresponde un lugar propio. En favor de la irradiación palpable de este alma, no la deje a un lado a menos que su conciencia proteste con todas sus fuerzas, pero si tiene una duda, que se resuelva a mi favor.

Me remito a su juicio.

ANTONIN ARTAUD

POST-SCRIPTUM DE UNA CARTA EN LA QUE SE DISCUTÍAN
CIERTAS TESIS LITERARIAS DE JACQUES RIVIÈRE

Usted me dirá: para dar una opinión sobre cuestiones semejantes, se necesitaría otro tipo de cohesión mental y otro tipo de penetración. Pero bueno, mi debilidad es ésa y mi absurdo querer escribir a todo precio, querer expresarme.

Soy un hombre que ha sufrido mucho de la mente y a ese título tengo el derecho a hablar. Sé bien cómo se trafica ahí adentro. He aceptado de una vez por todas someterme a mi inferioridad. Y, sin embargo, no soy tonto. Sé que se podría pensar más allá de lo que yo pienso, tal vez incluso de otra manera. Yo solamente estoy esperando que mi cerebro cambie, que se le abran los cajones superiores. En una hora, y tal vez mañana, habré cambiado de pensamiento, pero este pensamiento presente existe, no dejaré que mi pensamiento se pierda.

A. A.

GRITO

El pequeño poeta celeste
Abre los postigos de su corazón
Los cielos chocan entre sí. El olvido
Desarraiga la sinfonía.

Palafrenero la casa loca
Que te da a cuidar lobos
No sospecha las cóleras
Que incuban bajo la gran alcoba
De la bóveda que pende sobre nosotros.

Por lo tanto silencio y noche
Amordacen toda impureza

El cielo a grandes zancadas.
Avanza hacia la encrucijada de los ruidos.

La estrella come. El cielo oblicuo
Abre su vuelo hacia las cumbres
La noche barre los desechos
Del sosiego que nos contentaba.

Por tierra avanza una babosa
Que diez mil manos blancas saludan
Una babosa reptante en el sitio
En que se dispó la tierra.

Entonces ángeles regresaban en paz
Que ninguna obscenidad convoca
Cuando se elevó la voz real
Del espíritu que los llamaba.

Más bajo que el día el sol
Vaporizaba todo el mar.
Un sueño extraño y sin embargo claro
Nació sobre la tierra en desbandada.

El pequeño poeta perdido
Deja su posición celeste
Con una idea de ultratierra
Estrechada contra su melenudo corazón.

Dos tradiciones volvieron a encontrarse
Pero nuestros pensamientos con candados
No tenían el lugar que debe ser,
Experiencia que hay que recomenzar.

A. A.

ANTONIN ARTAUD A JACQUES RIVIÈRE

22 de marzo de 1924

Mi carta al menos merecía una respuesta. Envieme de vuelta, señor, cartas y manuscritos.

Hubiera querido encontrar algo inteligente que decirle, para señalar bien lo que nos separa, pero es inútil. Soy un espíritu aún sin formar, un imbécil: piense de mí lo que quiera.

ANTONIN ARTAUD

JACQUES RIVIÈRE A ANTONIN ARTAUD

París, 25 de marzo de 1924

Estimado señor,

Pero sí, concuerdo con usted, sus cartas merecían una respuesta; todavía no pude dársela: eso es todo. Perdóneme, se lo ruego.

Algo me impresiona: el contraste entre la extraordinaria precisión de su diagnóstico sobre usted mismo y lo vago, o, al menos, lo informe de las realizaciones que intenta.

Sin duda me equivoqué, en la carta del año pasado, al querer tranquilizarlo a todo precio: hice como esos médicos que pretenden curar a sus pacientes rehusándose a creerles, negando la extrañeza de su caso, volviéndolos a colocar por la fuerza en la normalidad. Es un mal método. Me arrepiento.

Aunque no tuviera otro testimonio, su escritura atormentada, vacilante, que se viene abajo, como absorbida aquí y allá por torbellinos secretos, bastaría para garantizarme la realidad de los fenómenos de "erosión" mental de los que usted se queja.

Pero, ¿cómo los evita tan bien cuando intenta definir su mal? ¿Debe creerse que es la angustia lo que le da esa fuerza y esa lucidez de la que carece cuando no es usted mismo el que está en tela de juicio? ¿O bien es la cercanía del objeto que se esfuerza en atrapar lo que le permite de pronto una captura tan segura? En todo caso, usted alcanza, al analizar su propia mente, éxitos completos, notables, y que deben darle confianza en esa misma mente, dado que es ella el instrumento que se los procura.

Otras consideraciones pueden también ayudarlo, no a esperar quizá la curación, pero sí por lo menos a tomarse su mal con paciencia. Son consideraciones de orden general. Usted habla en cierta parte de su carta de la "fragilidad del espíritu". Esta está abundantemente probada por los desquiciamientos mentales que la psiquiatría estudia y cataloga. Pero

tal vez no se ha señalado todavía lo suficiente hasta qué punto el pensamiento llamado normal es el producto de mecanismos azarosos.

Que la mente existe por sí misma, que tiene tendencia a vivir de su propia sustancia, que se desarrolla sobre la persona con una suerte de egoísmo y sin inquietarse en mantenerla de acuerdo con el mundo, es algo que en nuestros días no puede seguir siendo, según parece, discutido. Paul Valéry puso en escena de una manera maravillosa esa autonomía de la función pensante que hay en nosotros en su famosa *Velada con Monsieur Teste*. Tomada en sí mismo, la mente es una suerte de chancro; se propaga, avanza continuamente en todas las direcciones; usted mismo señala como uno de sus tormentos "el impulso a pensar, en cada una de las estratificaciones terminales del pensamiento". Las desembocaduras de la mente son ilimitadas en número; ninguna idea la bloquea; ninguna idea le trae fatiga ni satisfacción; incluso esos sosiegos temporarios que nuestras funciones físicas logran a través del ejercicio le son desconocidos. El hombre que piensa se consume a fondo. [Romanticismo aparte, para el pensamiento puro no queda otra salida que la muerte.]

Existe toda una literatura —sé que a usted le preocupa tanto como me interesa a mí— que es el producto del funcionamiento inmediato y, si puedo decirlo así, animal del espíritu. Tiene el aspecto de un vasto campo de ruinas; las columnas que se mantienen en pie se sostienen sólo por azar. Reina ahí el azar y una especie de multitud apagada. Puede decirse que ella es la expresión más exacta y más directa de ese monstruo que todo hombre lleva en sí, pero que por lo general busca instintivamente obstaculizar con los lazos de los hechos y de la experiencia.

Pero, me dirá usted, ¿es eso lo que debemos llamar la "fragilidad de la mente"? Mientras que yo me quejo de una debilidad, usted me pinta otra enfermedad que provendría de un exceso de fuerza, de una potencia plena en exceso.

He aquí mi pensamiento ceñido más de cerca: la mente es frágil en tanto tiene necesidad de obstáculos, de obstáculos adventicios. Sola, se pierde, se destruye. Me parece que esa "erosión" mental, que esos hurtos interiores, que esa "destrucción" del pensamiento "en su sustancia"

que afligen a la suya, no tienen más causa que la libertad excesiva que usted le permite. Es el absoluto que la desquicia. Para estirarse, la mente necesita un límite y que en su camino se interponga la dichosa opacidad de la experiencia. El único remedio a la locura es la inocencia de los hechos.

Desde el momento en que acepta el plano mental, usted acepta todos los inconvenientes y, sobre todo, todas las distensiones de la mente. Si por pensamiento entendemos *creación*, como parece usted hacerlo la mayor parte del tiempo, es necesario a todo precio que ésta sea relativa; no se encontrará la seguridad, la constancia, la fuerza, sino es comprometiendo la mente en algo.

Lo sé: hay una especie de ebriedad en el instante de su pura emanación, en ese momento en que su fluido se escapa directamente del cerebro y vuelve a encontrar una cantidad de espacios, una cantidad de niveles o de planos donde desplegarse. Es esa impresión subjetiva de entera libertad, e incluso de entera licencia intelectual, la que nuestros "surrealistas" han intentado traducir mediante el dogma de una cuarta dimensión poética. Pero el castigo de este vuelo está cerca: el universal posible se convierte en imposibilidades concretas; el fantasma capturado encuentra, para vengarse, veinte fantasmas interiores que nos paralizan, que devoran nuestra sustancia espiritual.

¿Vale decir que el funcionamiento normal de la mente debe consistir en una imitación servil de lo dado y que pensar no es más que reproducir? No lo creo así; hay que elegir lo que se quiere "expresar", y que se trate siempre de algo, no solamente definido, no solamente cognoscible, sino también desconocido. Para que la mente encuentre toda su potencia, es necesario que lo concreto tenga una función misteriosa. Todo "pensamiento" logrado, todo lenguaje que captura las palabras gracias a las que se reconoce a un escritor, son siempre el resultado de un acuerdo entre una corriente de inteligencia que surge de él, y una ignorancia que le adviene, una sorpresa, un impedimento. La precisión de una expresión siempre comporta un resto de hipótesis; la palabra tiene que haber golpeado un objeto sordo, antes de que haya sido alcanzado

por la razón. Pero donde faltan por completo el objeto, o el obstáculo, la mente continúa, inflexible y débil; y todo se disgrega en una contingencia inmensa.

Tal vez lo estoy juzgando al mismo tiempo desde un punto de vista demasiado abstracto y con preocupaciones demasiado personales: me parece sin embargo que su caso en gran parte se explica a través de las consideraciones a las que acabo de librarme, un poco demasiado extensamente, y que encaja en el esquema general que intenté trazar. Mientras deje que su fuerza intelectual se desahogue en el absoluto, será perturbada por remolinos, calada por impotencias, estará expuesta a alientos arrebatadores que la desorganizarán; pero tan pronto como, reconducido por la angustia a su propia mente, la dirija hacia ese objeto próximo y enigmático, ella se condensará, se intensificará, se volverá útil y penetrante y le aportará a usted bienes positivos; a saber, verdades expresadas con todo el relieve que puede hacerlas comunicables, accesibles a los demás, algo, entonces, que sobrepasará sus sufrimientos, su misma existencia, que lo engrandecerá y consolidará, que le dará la sola realidad que el hombre puede razonablemente esperar conquistar por sus propias fuerzas: la realidad en el prójimo.

No soy optimista por sistema; pero me niego a perder las esperanzas en usted. La simpatía que le tengo es muy grande; cometí un error al dejarlo tanto tiempo sin noticias mías.

Conservo su poema. Envíeme todo lo que haga.

Crea, le ruego, en mis mejores sentimientos.

JACQUES RIVIÈRE

III

ANTONIN ARTAUD A JACQUES RIVIÈRE

París, 7 de mayo de 1924

Muy estimado señor,

Para retomar una discusión ya antigua, basta imaginarse por un minuto que esta imposibilidad de expresarme se aplica a las necesidades más fundamentales de mi vida, a mis eventualidades más urgentes, —y al consiguiente sufrimiento— para comprender que no es por falta de empeño que renuncio. Estoy en disponibilidad de poesía. No es más que por circunstancias fortuitas y externas a mis posibilidades reales que no llego a realizarme. Me basta con que se crea que en mí tengo posibilidades de cristalización de las cosas, con formas y con las palabras que sean necesarias.

Tuve que esperar todo este tiempo para hallarme en condiciones de enviarle esta breve misiva que es clara a falta de estar bien escrita. Usted puede sacar las conclusiones que se impongan.

Hay algo que todavía me resulta un poco oscuro en su carta: es el uso que piensa darle al poema que le he enviado. Usted ha puesto el dedo sobre un aspecto de mí mismo; la literatura propiamente dicha me interesa bastante poco, pero si, por azar, considera bien publicarlo, le ruego que me envíe las pruebas, pues me importa mucho cambiar dos o tres palabras.

Mis mejores deseos.

ANTONIN ARTAUD

JACQUES RIVIÈRE A ANTONIN ARTAUD

24 de mayo de 1924

Estimado señor,

Se me ocurrió una idea a la que, durante cierto tiempo, me resistí, pero que decididamente me seduce. Medítela a su turno. Espero que le guste. Por lo demás todavía hay que ponerla a punto.

¿Por qué no publicamos la o las cartas que usted me escribió? Acabo de releer la del 29 de enero, que es de verdad notable.

No quedaría más que un pequeñísimo esfuerzo de transposición por hacer. Quiero decir que les daríamos al destinatario y al signatario nombres inventados. Tal vez podría yo redactar una respuesta basada en aquella que le envié, pero más desarrollada y menos personal. ¿Tal vez podríamos incorporar también un fragmento de sus poemas o de su ensayo sobre Uccello? El conjunto formaría una pequeña novela epistolar, que sería bastante curiosa.

Déme su opinión. Quedo a la espera. Suyo.

JACQUES RIVIÈRE

ANTONIN ARTAUD A JACQUES RIVIÈRE

25 de mayo de 1924

Estimado señor,

¿Por qué mentir, por qué buscar poner en el plano literario algo que es el grito mismo de la vida, por qué darle apariencias de ficción a lo que está hecho con la sustancia que no puede desarraigarse del alma, que es como la queja de la realidad? Sí, su idea me gusta, me regocija, me colma de alegría, pero a condición de darle a quien vaya a leernos la impresión de que no asiste a un trabajo fabricado. Tenemos derecho a mentir, pero no sobre la esencia del asunto. No tengo interés en firmar las cartas con mi nombre. Pero es absolutamente necesario que el lector piense que tiene entre las manos los elementos de una novela vivida. Habría que publicar mis cartas de la primera a la última y para eso retrotraernos hasta el mes de junio de 1923. Es necesario que el lector tenga a su disposición todos los elementos del debate.

Un hombre se posee por escampadas, e incluso cuando se posee no se alcanza del todo. No realiza esa cohesión constante de sus fuerzas sin la que toda verdadera creación es imposible. Este hombre, sin embargo, existe. Quiero decir que tiene una realidad diferente, y que le da un valor. ¿Se lo quiere condenar a la nada con el pretexto de que no puede dar más que fragmentos de sí mismo? Usted mismo no lo cree y la prueba es la importancia que le otorga a esos fragmentos. Desde hacía tiempo tenía el proyecto de proponerle reunirlos. Hasta ahora no me había atrevido a hacerlo y su carta responde a mi deseo. No puede imaginarse con qué satisfacción recibo la idea que me propone.

Me doy perfectamente cuenta de las interrupciones y sobresaltos de mis poemas, sobresaltos que tocan la esencia misma de la inspiración y que provienen de [mi indeleble impotencia para concentrarme en un objeto.] Por debilidad fisiológica [debilidad que toca la sustancia misma] de lo que se ha convenido en llamar el alma y que es la emanación de nuestra fuerza

ANTONIN ARTAUD A JACQUES RIVIÈRE

6 de junio de 1924

Estimado señor,

Mi vida mental está por completo atravesada de dudas mezquinas y de certezas perentorias que se expresan con palabras lúcidas y coherentes. Y mis debilidades son de una contextura más temblorosa; son larvarias y están mal formuladas. Tienen raíces vivas, raíces de angustia que tocan el corazón de la vida; pero no poseen el desasosiego de la vida, no se siente en ellas el aliento cósmico de un alma desestabilizada en su base. Pertenecen a una mente que no ha pensado en su debilidad, porque si no la traduciría en palabras densas y activas. Ese, señor, es todo el problema: tener en sí la realidad inseparable y la claridad material de un sentimiento, tenerlo a tal punto que no pueda ser posible que no se exprese, tener una riqueza de palabras, de giros aprendidos que podrían entrar en danza, servir al juego; y que en el momento en que el alma se apresta a organizar su riqueza, sus descubrimientos, esa revelación, en ese minuto inconsciente en que la cosa está a punto de emanar, una voluntad superior y maligna ataca el alma como un vitriolo, ataca la masa palabra-imagen, ataca la masa del sentimiento, y me deja a mí jadeando como a la puerta misma de la vida.

Y esta voluntad, suponga ahora que yo experimente su paso de manera física, que me sacuda con una electricidad imprevista y súbita, una electricidad repetida. Suponga que cada uno de mis instantes pensados sean sacudidos, en ciertos momentos, por esos tornados profundos a los que nada exterior traiciona. Y dígame si una obra literaria cualquiera es compatible con semejantes estados. ¿Qué cerebro lo resistiría? ¿Qué personalidad no se disolvería? Si sólo tuviera la fuerza suficiente, de tanto en tanto me daría el lujo, en pensamiento, de someter a la maceración de un dolor así de apremiante a cualquier mente de renombre, a cualquier escritor viejo o joven que produzca y a cuyo pensamiento

nerviosa coagulada alrededor de los objetos. Pero toda la época sufre de esta debilidad. Ej.: Tristan Tzara, André Breton, Pierre Reverdy. Pero sus almas no son atacadas fisiológica ni sustancialmente, son atacadas en todos los puntos en que se juntan con algo, pero *no fuera del pensamiento*; entonces, ¿de dónde viene el mal? ¿De verdad es el aire de la época, un milagro que flota en el aire, un prodigio cósmico y maligno; o es el descubrimiento de un mundo nuevo, un verdadero ensanchamiento de la realidad? No es por eso menos cierto que ellos no sufren y que yo sufro, no solamente en la mente, sino también en la carne y en mi alma de todos los días. Esta inaplicación al objeto que caracteriza toda la literatura es, en mí, una inaplicación a la vida. Yo puedo realmente decir que no estoy en el mundo, y no se trata de una simple actitud mental. Mis últimos poemas me parecieron manifestar un serio progreso. ¿De verdad son tan impublicables en su totalidad? Por otra parte, poco importa; prefiero mostrarme tal cual soy, en mi inexistencia y en mi desarraigo. En todo caso se podría publicar fragmentos importantes. Creo que la mayor parte de las estrofas, tomadas en sí mismas, son buenas. Es sólo su agrupamiento lo que les destruye su valor. Elija usted mismo esos fragmentos, clasifique las cartas. *En esto yo ya no soy juez*. Pero lo que me importa principalmente es que no se introduzca ningún equívoco sobre la naturaleza de los fenómenos que invoco en mi defensa. El lector tiene que creer en una verdadera enfermedad y no en un fenómeno de época, en una enfermedad que atañe a la esencia del ser y a sus posibilidades centrales de expresión, y que se aplica a toda una vida.

Una enfermedad que afecta el alma en su realidad más profunda y que le infecta sus manifestaciones. El veneno del ser. Una verdadera parálisis. Una enfermedad que nos sustrae la palabra, el recuerdo, que nos desarraiga el pensamiento.

Creo haber dicho suficiente para ser comprendido; publique esta última carta. Me doy cuenta, al terminar, que podrá servir de última aclaración y de conclusión del debate en la parte que me concierne.

Crea, estimado señor, en mis sentimientos de gran y afectuoso reconocimiento.

ANTONIN ARTAUD

naciente se le reconozca autoridad, para ver qué quedaría de él. No hay que apresurarse demasiado en juzgar a los hombres, hay que darles crédito hasta el absurdo, hasta las heces. Esas obras azarosas que a menudo le parecen el producto de una mente que todavía no está en posesión de sí misma, y que tal vez nunca llegará a poseerse, quién sabe qué cerebro ocultan, qué potencia vital, qué fiebre pensante a los que sólo las circunstancias han disminuido. Ya hablé bastante de mí y de mis obras por nacer; lo único que pido es sentir mi cerebro.

ANTONIN ARTAUD

ANTONIN ARTAUD.

JACQUES RIVIÈRE A ANTONIN ARTAUD

París, 8 de junio de 1924

Estimado señor,

Tal vez me haya colocado un poco indiscretamente, con mis ideás, con mis prejuicios, en el lugar de su sufrimiento, de su singularidad. Tal vez me haya puesto a parlotear cuando debería haber comprendido y compadecido. Quise tranquilizarlo, curarlo. Eso me viene sin duda de la especie de rabia con la que siempre reacciono, por mi cuenta, a favor de la vida. En mi lucha por vivir, no me declararé vencido hasta haber perdido el aliento.

Sus últimas cartas, donde muchas veces la palabra "alma" reemplaza la palabra "mente", me despiertan una simpatía más grave todavía, pero más turbada, que las primeras. Siento, toco una miseria profunda y privada; quedo en suspenso ante males que apenas puedo entrever. Pero esta actitud estupefacta tal vez le proporcionará más ayuda y estímulos que mis ratiocinaciones precedentes.

¡Y sin embargo! ¿No me queda ninguna manera de comprender sus tormentos? Usted dice que "un hombre se posee por escampadas, e incluso cuando se posee no se alcanza del todo". Ese hombre es usted, pero puedo decirle que también soy yo. No conozco nada que se parezca a sus "tornados", ni a esa "voluntad maligna" que "desde el afuera ataca el alma" y sus poderes de expresión. Pero aunque sea menos general, menos dolorosa, la sensación que a veces tengo de mi inferioridad respecto de mí mismo no es menos clara.

Para explicar las alternativas por las que paso, dejo de lado, como usted, el cómodo símbolo de la inspiración. Se trata de algo más profundo, más "sustancial", si se me permite desviar esa palabra de su sentido original, que un viento benigno que me viniera, o no, del fondo de la mente; se trata de peldaños que recorro en mi propia realidad. Y no voluntariamente, me temo, sino de manera puramente accidental.

Lo notable es que, como usted lo señala sobre sí mismo, el hecho mismo de mi existencia no es en ningún momento objeto de una duda seria; siempre me queda algo de mí, aunque lo más a menudo es algo pobre, torpe, enfermo y casi sospechoso. En esos momentos no pierdo toda idea de mi realidad completa; pero sí, a veces, la esperanza de volver a conquistarla. Es como un techo que permaneciera de milagro en el aire, por encima de mí, y yo no viera medio alguno con el que llegar a reconstruirme hasta él.

Mis sentimientos, mis ideas —las mismas de costumbre— pasan a través de mí con cierto aspecto fantástico; están tan debilitados, son tan hipotéticos que tienen parecen ser parte de una pura especulación filosófica; siguen ahí, sin embargo, aunque me observan como si quisieran que me admirara de su ausencia.

Proust describió las “intermitencias del corazón”; ahora habría que describir las intermitencias del ser.

Por supuesto, existen causas fisiológicas, que a menudo son muy fáciles de determinar, para esos desvanecimientos del alma. Se refiere usted al alma “como la coagulación de nuestra fuerza nerviosa” y dice que quizá puede ser “alcanzada fisiológicamente”. Como usted, pienso que tiene una gran dependencia del sistema nervioso. Esas crisis, sin embargo, son tan caprichosas que por momentos entiendo que uno se vea tentado a buscar, como lo hace usted, la explicación mística de una “voluntad maligna”, que se empeña desde el exterior en su disminución.

En todo caso es un hecho, creo yo, que toda una categoría de hombres está sujeta a oscilaciones al nivel del ser. ¡Cuántas veces, colocándonos maquinalmente en una actitud psicológica familiar, no descubrimos bruscamente que ésta nos superaba o, más bien, que nos habíamos vuelto subrepticamente desiguales respecto de ella! ¡Cuántas veces nuestro personaje más habitual se nos apareció de pronto facticio, incluso ficticio, por la ausencia de los recursos espirituales, o “esenciales” que debían alimentarlo!

¿Por dónde pasa, y de dónde nos vuelve, nuestro ser, al que toda la psicología hasta nuestros días ha fingido considerar como una constante?

Es un problema más o menos insoluble, a menos que se recurra a un dogma religioso como, por ejemplo, el de la Gracia. Me admira que nuestra época (pienso en Pirandello, en Proust, en quien está implícito) se haya atrevido a plantearlo dejándole su signo de interrogación, limitándose a la angustia.

“Un alma atacada fisiológicamente”. Es una herencia terrible. Sin embargo, yo creo que desde cierto punto de vista, bajo el punto de vista de la clarividencia, también puede ser un privilegio. Es el único medio que tenemos para comprendernos un poco, para, al menos, vernos. El que no conoce la depresión, el que nunca siente su alma lastimada por el cuerpo, invadida por su debilidad, es incapaz de advertir verdad alguna sobre el hombre; hay que pasar por debajo, hay que mirar el anverso; es necesario no poder removerse más, ni esperar, ni creer, para testificar. ¿Cómo distinguiremos nuestros mecanismos intelectuales o morales si no estamos temporalmente privados de ellos? Ese debe ser el consuelo de los que experimentan la muerte en pequeños dosis, el de saber que son los únicos en conocer un poco cómo está hecha la vida.

Y además “la maceración de un sufrimiento tan apremiante” impide que se eleve en ellos la ridícula nube de la vanidad. Usted me escribe: “Tengo para curarme del juicio de los otros toda la distancia que me separa de mí mismo”. Esa es la utilidad de esta “distancia”: ella “nos cura del juicio de los otros”; nos impide hacer algo para seducirlos, para adecuarnos a ellos; nos conserva puros y, a pesar de las variaciones de nuestra realidad, nos asegura un grado superior de identidad propia.

Por supuesto, la salud es el único ideal admisible, el único al que tiene derecho a aspirar lo que llamo hombre; pero cuando a un ser le es dada de entrada, le esconde la mitad del mundo.

Una vez más, a mi pesar, me incliné a reconfortarlo al intentar mostrarle cómo, incluso en materia de existencia, el “estado normal” puede ser precario. Deseo de todo corazón que los niveles que describí le sean accesibles, tanto en la dirección ascensional como en la otra. Después de todo, ¿por qué le estaría vedado un momento de plenitud,

de igualdad consigo mismo, desde el instante en que tiene usted el coraje de desearlo? Sólo existe el peligro absoluto para aquel que se abandona; no hay muerte completa más que para el que adquiere el gusto de morir.

Le ruego que crea en mi profunda simpatía.

JACQUES RIVIÈRE

EL ARTE Y LA MUERTE